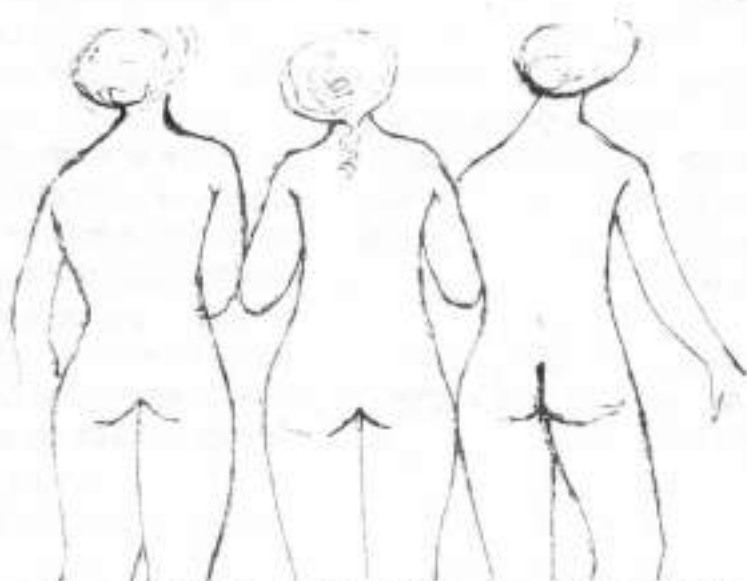


«LA UNIVERSIDAD: El alma sin discusión de los pueblos, la poesía del hombre»



Como un homenaje al artista caldense nacido en Pácora en 1917 y fallecido en Manizales el 6 de noviembre de 1999, Maestro Guillermo Botero Gutiérrez, reproducimos el informe que presentó con motivo de la colocación de una escultura suya en el edificio de posgrados de la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales:



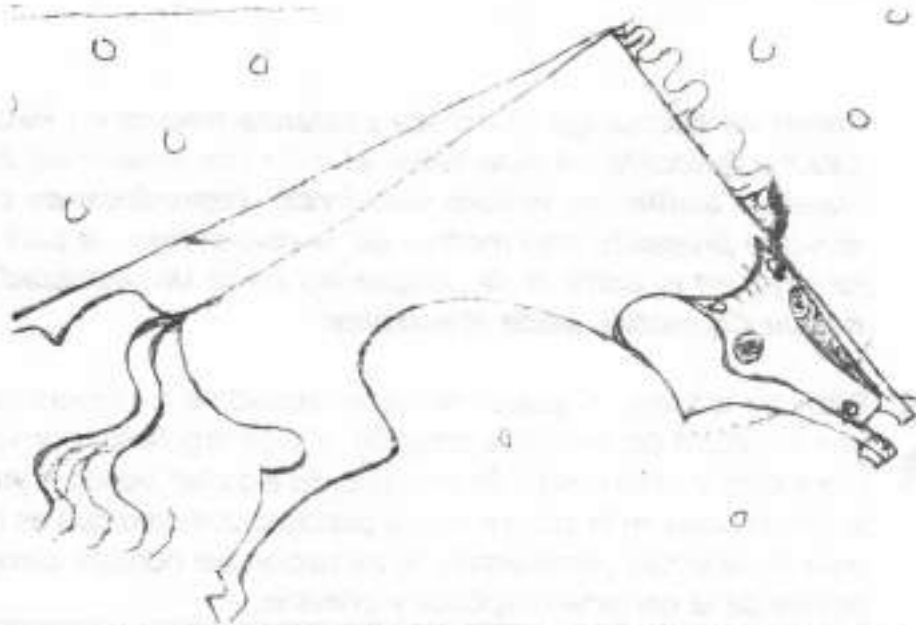
Estoy no lo niego, orgulloso de haber entrado a la Universidad con una escultura de mi propia creación. Y digo orgulloso, por lo que significa para mí ese centro de estudios. Es algo tan hondo e importante la Universidad en la cultura de los pueblos, que creo que es lo que separa el saber del primitivismo, la formación del hombre como ser espiritual de la barbarie despótica y primaria.

Mi niñez y mi juventud están enhebra-
das de hechos de desconcierto. Malos
maestros y una enseñanza memorista
dejarían en mí una cultura desconcer-
tante, contradictoria y tal vez dolorosa-
mente vacía. Creo que por impulsos
aprendí a leer, y de pronto algunos co-
nocimientos sin análisis llegaron a mi
mente poblando el mundo interior de
una persona que se sentía disminuida
ante el peso del que sabía. Y mientras
me formaba, doblaba mi cuerpo, en
muchas ocasiones, para recibir el casti-
go de los fuetazos en las caderas por no
saber recitar la lección y, así, lentamen-
te, fui conociendo la realidad de la épo-
ca, injusta, de rabia, con olor a barro y
a metal calcinado. Si miro hacia atrás
hierven en mí los recuerdos casi absur-
dos que no están acompañados de sue-
ños reivindicatantes.

Logré terminar la primaria y empezar el
bachillerato en medio de repeticiones
hasta el momento en que salte, por no

sé qué diablos a una sala de dibujo. El
lápiz y el siempre blanco papel me fue-
ron despertando la imaginación, le die-
ron forma a mis sueños ambiciosos de
arañar una realidad diferente, sin límites
ni moral, ni verdades decretadas, y con
alegría empecé a romper castillos de pie-
dra en los que siempre había vivido,
para convertirlos en aire, en trasparen-
cias; sin barreras para caminar como en-
tre sueños. Sin embargo, las enseñanzas
del arte mismo me fueron atando lenta-
mente a reglas clásicas de proporciones,
composición, paisaje y el maldito con-
cepto de ser artista sin serlo, de ser al-
guien o algo.

Un día me encontré encerrado en un
cuarto por conceptos absurdos de mi pa-
dre sobre los artistas. Un encierro deter-
minado hasta el día en que él, mi padre,
resolviera qué iba a hacer de mí. Me en-
viaron al campo a desyerbar la tierra
para regar semillas que dieran comida,
desmontar rastrojo, coger café y pelarlo





a mano hasta que el sueño me acabara, y siempre, con las manos desgarradas cavando caminos para hacer más corta la llegada a casa. Y un día, algo me sucedió: me propusieron trasladarme a Medellín a fabricar santos, y así lo hice ante un gran desconcierto. Y otro día también me volví para Manizales a seguir de santero. De nuevo sentí en mis carnes vivas la oportunidad de abandonar el país para empezar a deslumbrarme con otras experiencias, nuevas enseñanzas.

De país en país se me fue desgajando el tiempo, hasta que varios años después quise volver a la tierra. Fundé mi taller y en los muros de la ciudad empecé a montar murales y hoy, en medio de recuerdos, me siento a la máquina para rendirle un pequeño informe sobre la obra colocada en la Universidad. ¿Qué tiene que ver esto con el informe?... Mucho y mucho. Se cumple un sueño mío, porque con mi aprender y saber he entrado a la Universidad. Porque recordan-

do los tiempos de mi formación académica, porque trayendo de atrás el estudio relatado, porque diciendo las cosas culmino casi una vida de lucha, y siento en cada parte de mis órganos que me hago merecedor de entrar a la Universidad. Allí, entre una juventud privilegiada, que escucha a los que saben, que entiende la filosofía como el pensamiento profundo de los hombres, la abogacía como las leyes reguladoras de un país, la ingeniería como el valor estético de los números, la medicina como la sabiduría y el conocimiento físico del hombre y el arte de vivir como la libertad de opinar. Tal vez ignoren el barro húmedo de los caminos o el olor a sudor de las mulas de carga. Tal vez no reconozcan el quejido del árbol al caer por el hacha o no se hayan dado cuenta de la humedad en los amaneceres del campo, o el grito desgarrador de un hombre en desahogo, pero sí hacen parte y son la Universidad misma, el alma sin discusión de los pueblos, la poesía del hombre».



Autoretrato. - Por Guillermo Botero.